

La Familia y la Mujer, mediadores de la equidad en América Latina

Mercedes Pulido de Briceño

Los desafíos e incertidumbre de nuestra época identifican la cotidianidad y simultaneidad de dos grandes tendencias. El resurgimiento de lo particular, los nacionalismo y la reafirmación de tradiciones y creencias que rechazan cualquier posibilidad de cooperación social y la integración normativa de las fuerzas económicas, tecnológicas y ecológicas que aseguren el orden y la seguridad necesaria a los mercados globales y universales. Ambas tendencias parecen minimizar la fuerza del pluralismo y de la libertad de opciones, sin embargo sus impulsos nos hacen vislumbrar la definición de la sociedad en su conjunto y de la concepción de la persona como actor y beneficiario de la misma.

América Latina y el Caribe participa de las tendencias globales y de la incertidumbre que caracteriza nuestros tiempos, sin embargo su realidad genera condiciones y significados específicos. El desarrollo social ya no se mide por el número de cosas que se construyen, sino por la capacidad de que las cosas estén al servicio de la gente y los ámbitos de libertad para transformarlas en bienestar.

El debate y la discusión de las perspectivas de la institución familiar, como hilo cohesionador del presente hacia el futuro, exige entender las rupturas sociales y culturales como proceso de cambio generadores de nuevos equilibrios tanto en lo global como en lo específico. En ese péndulo entre lo universal y lo singular la irrupción y

participación de la mujer obliga no sólo a redefinir las relaciones sociales sino que tal vez nos lleve a replantear las raíces de la dignidad de la existencia humana en todas sus manifestaciones.

El agobio de la masificación

Los hitos históricos tienen sus referencias, al entrar ya en un nuevo milenio, nos resulta curioso percibir como este siglo que se inició con el triunfo de la racionalidad, la devaluación de las tradiciones y creencias, hoy, en su culminación se encuentra en un definitivo enfrentamiento con todos los productos de la masificación.

El resurgimiento de la 'sociedad civil', movimiento que en América Latina algunas veces emerge como reacción al poder arbitrario y onnipotente del Estado, también tiende asumirse como el camino hacia la síntesis de los intereses particulares y colectivos que le den vida y significado a la convivencia humana. Cualquiera que sea su interpretación o su revalorización pareciera estarse nuevamente exigiendo la construcción de la responsabilidad moral e individual, la confianza y la mutua solidaridad como sustento de un nuevo orden social.

No es de extrañar entonces, que instituciones como "comunidad y familia" tiendan a ser rescatadas como los soportes de la libertad y la voluntad del individuo y del grupo para ser dinámicos actores de sus propias vidas.

Con la época moderna todo es cambio. Lejos de negar el individualismo liberal característico de nuestro tiempo nos preocupa la necesidad de transformarlo para facilitar la emergencia de una sociedad de individuos, en donde la búsqueda de un interés general como bien público moldee las aspiraciones y conductas individuales del ámbito privado.

Como inquietud entonces, nos proponemos tratar de encontrar las nuevas paradojas que para la familia y la mujer significan estos escenarios. Y para ello tenemos algunas interrogantes que enfrentar. ¿Cómo reconocer en un ámbito masivo, la diversidad de las experiencias vividas y de las tradiciones? ¿Cómo complementar y compartir la racionalidad, la afirmación de la individualidad y la pertenencia a un cuerpo y a una cultura?

Aceptamos ahora, que estamos en una encrucijada. Podemos seguir sometidos a la lógica de una acción instrumental en donde es factible suprimir la individualidad activa por la masificación. Pero existen también otras posibilidades, como son el equilibrio entre la racionalidad y el individuo, esto es la combinación de la eficacia y la libertad¹.

Las contradicciones de la sociedad de masas se manifiestan en la ambigüedad que caracteriza los debates sobre el individuo. En algunos casos, el delirio de su glorificación que aplaude su emancipación de toda estructura social sea ella la familia, la iglesia, la política. Pero, al aislarse de cualquier pertenencia el individuo se encierra en sí mismo, se refugia en las afinidades personales y por lo tanto, se separa de la sociedad.

El individualismo para no ser mutilante requiere integración en la dinámica social, lo cual no es simplemente establecer relaciones sociales, sino participar con espíritu crítico y solidario en los debates de la sociedad en conjunto.

La masificación transformada en simplificación, especialización y fragmentación de la realidad destruye los vínculos sociales que implica la existencia del "otro", para únicamente valorizar lo concreto y lo inmediato.

Enfrentada a la masificación y entrelazada con la racionalidad sentimos la búsqueda de diferenciación y diversificación con la cual construir la identidad personal y colectiva. Este proceso se da recogiendo las referencias del pasado, reconociendo transiciones y proyectando esas experiencias hacia el futuro como hilo cohesionador y unificador de la propia vida. La búsqueda de identidad se manifiesta como afirmación de la individualidad expresada como integración a la realidad presente mediante la pertenencia a una comunidad, a sus símbolos e instituciones, sin olvidar que paralelamente se alimenta de la memoria que como diría Hume "conserva y entrelaza el pasado y el presente". El rechazo al ámbito masivo que lleva a homogeneizar y simplificar las culturas o las tradiciones con la finalidad de evitar la opresión de las particularidades, se encuentra con que éstas pueden

¹ TOURAINE, Alain, «Crítica de la modernidad», De. Fayard 1992.

ser igualmente alienantes si se pretende el predominio de las diferencias y de los valores particulares.

La necesidad de vincular ambos espacios, esto es, cierto reconocimiento y distancia de lo particular y la búsqueda de lo que es común y universal al que hacer humano, es lo que pareciera mantener el diálogo abierto entre la razón y la afirmación del individuo, o lo que en los nuevos horizontes del desarrollo humano se plantea como crecimiento con equidad. Es la imperiosa aceptación de solidaridades que permitan la redefinición del crecimiento en función de los significados de la especificidad. Por otro parte, la memoria del pasado se construye las referencias del presente y que parecía haber sido anulada por la racionalización resurge a través de las tradiciones como afirmación de la propia identidad ante el vacío del anonimato de las sociedades de masas. Entonces lo que hasta ahora se ha considerado excluyente, es decir: la razón y el sujeto individual, está exigiendo un nuevo orden ético, una nueva sociedad en donde la brecha de la realidad concreta y el ideal de felicidad pueda ser superada transformando la defensa de lo personal y cultural del sujeto en acción colectiva contra el poder omnipotente que somete la razón a sus propios intereses.

El nudo gordiano del desarrollo y la crisis de la racionalidad se sitúa en el agotamiento del crecimiento ilimitado como fin en sí mismo y el replanteamiento de los fines del desarrollo en las relaciones de equidad, de la existencia del "otro", el reconocimiento de la diversidad y diferenciación en las escogencias y las opciones de las personas, en ámbitos de libertad para el pleno desarrollo de sus capacidades.

El problema, por lo tanto, no es de cuánto crecimiento económico, sino qué tipo de desarrollo y cómo transformar la sociedad para hacerla girar en torno a la persona humana.

Ahora bien, el desorden de la realidad actual ha demostrado que cualquier intento de mejorar y elevar la calidad de vida de la gente pasa por el matiz de la institución familiar, el ámbito social por excelencia que escapa a la masificación. Y en la familia, es la mujer² el único elemento

² TABBONES, Simonetta, «*Costruire nel presente. Le giovani donne, il tempo e il denaro*», Franco Angeli, Milano 1992, pp. 167-169.

que por tradición y afecto está en capacidad de responder a la individualidad.

La crisis como aprendizaje social

En la última década, la crisis de crecimiento llevó a un conjunto de reformas económicas, denominadas procesos de ajuste, que en la región latinoamericana y del Caribe lejos de generar la productividad y distribución de beneficios esperados, han provocado situaciones de conflicto que impiden diferenciar las posibilidades de un crecimiento sostenido y la equidad de las consecuencias sociales. Si queremos ser justos, la crisis desvaneció la ilusión de una sociedad armónica para encontrarnos con una realidad social encendidas, fragmentada y hasta cierto punto enfrentada entre la opulencia y las oportunidades y la escasez y desesperanza.

Ahora bien, nos preguntamos, ¿cómo la institución familiar ante las nuevas exigencias?

Tenemos que empezar por reconocer que la realidad familiar ha estado sometida a continuas crisis, por lo tanto no debería extrañarnos que el cambio y no la estabilidad ha sido la norma. Contra todos los pronósticos y embates, la familia no ha desaparecido, por el contrario, podemos afirmar que la diversidad de estructuras que caracteriza a las familias hoy, es la respuesta adaptativa y flexible a las tensiones provocada por los cambios de las realidades sociales y económicas³. Y es desde esta capacidad creativa y adaptativa que tenemos que enfocar su futuro.

Si bien las tendencias de cambio han sido universales, hay especificidades de la región latinoamericana y caribeña que nos ocupa prioritariamente porque implica una diferencia en cuanto a la capacidad de respuesta en las decisiones sociales.

La región se caracteriza por una población eminentemente joven, en donde el treinta y cinco por ciento tiene menos de catorce

³ SILVA, Sergio (Coord.), «*Panorama de la teología latino-americana. La mujer, situación actual*», Equipo Seladoc, Sígueme, Salamanca 1990, pp. 65-113.

años. Esto exige reconocer y comprender la importancia de la socialización temprana. ¿Cómo pueden las familias en una sociedad escindida y fragmentada, asumir estas funciones con las nuevas tensiones que plantean las actividades productivas y la escasa cantidad y calidad de las estructuras educativas que tienen las instituciones de la región, para compensar las carencias de la socialización familiar?

Los vínculos familiares y las formas de socialización temprana son esenciales para la fundación de la existencia social humana, lo que llamamos “capacidades” no pueden existir fuera de alguna forma de vida familiar. Cualquiera que sea su estructura moldea nuestras interpretaciones y evaluaciones de la realidad social; entonces es a través de ella que se construye el que hacer humano. ¿Cuáles son las condiciones en que se realiza esta función? Podríamos tal vez, asumir que es el lenguaje y no la racionalidad lo que constituye la esencia del hombre como especie, y las familias y no el orden social es lo que humaniza al individuo.

Pero también en la región hay heterogeneidad. Comienzan a manifestarse en la transición demográfica, las tendencias tanto de una juventud adulta importante, como de envejecimiento de la población, donde nuevamente la familia tiene el desafío de retomar sus funciones de orientación, protección y apoyo hacia los jóvenes y de mantenimiento de los ancianos. La ausencia o simple incapacidad de los sistemas de previsión social hace nuevamente a la familia insustituible.

La coexistencia de dos sociedades desiguales y fragmentadas, no es simple retórica. América Latina y el Caribe es la región con mayor concentración del ingreso en el mundo en donde la escasez y la opulencia se contraponen continuamente. La crisis de los últimos años ha desenmascarado la ausencia de cohesión social. La pobreza si bien nos ha acompañado durante gran parte de nuestra historia, debemos reconocer que ella se ha agudizado alcanzado a más de la mitad de nuestra población⁴. Pero tal vez, lo que es necesario destacar es la perversa combinación de opulencia y consumo masivo que incita a expectativas crecientes ante las cuales la familia pobre y los grupos medios se ven

4

PNUD, «Informe sobre el desarrollo humano», 1993.

arrinconados, con poca capacidad de respuesta para consolidar aspiraciones familiares, por lo tanto se debilitan los vínculos y controles sociales tradicionales y la propia organización familiar. Basta, para ello, observar como los jóvenes pobres manifiestan una creciente renuencia a asumir responsabilidades estables familiares, porque ven en ella un estorbo a las oportunidades y aspiraciones individuales o simplemente un obstáculo para salir de la pobreza⁵.

Por otra parte, el creciente número de madres adolescentes, jefes de hogar, pareciera también ser el resultado de complejas influencias, tales como: permisividad y libertad sexual creciente sin ningún control social, carencia o distorsión de la información respecto a la responsabilidad del embarazo, el atractivo de entrar en el mundo adulto y así salir de las frustraciones de la pobreza o la repetición de un círculo vicioso reforzado por el fatalismo de varias generaciones familiares que conforma las raíces de la feminización de la pobreza. En todo caso estas situaciones complejas demuestran impotencia y tensiones continuas en la organización familiar ante la avalancha de presiones sociales, económicas y culturales.

El desempleo, subempleo y las migraciones influyen en forma diferenciada en la estabilidad de las estructuras familiares, lo que transforma drásticamente las responsabilidades de mujeres y niños que se ven empujados al mercado laboral. La estabilidad tradicional del concubinato se rompe ante las movilizaciones urbanas dificultándose aún más la posibilidad de consolidar un proyecto familiar de largo plazo.

Además la persistencia y ambigüedad de formas de dominación patriarcal y matriarcal, centralizadas y verticales entran en perenne contraposición con la tendencia de mayor igualdad y participación social, económica y política que otorgan las nuevas oportunidades educativas y laborales. Las brechas generacionales se agudizan. La ausencia de la figura paterna incide en la carencia de modelos de

⁵ BUVINIC, Mayra y otros. «La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de casos sobre la transformación de la pobreza en Santiago de Chile», Cepal, Santiago 1990 (LC/R 1038). Factores es condicionantes del embarazo juvenil», Fundación Aledo, Caracas 1992.

autoridad y disciplina que puedan establecer "límites", todo ello se traduce en mayores dificultades para adaptarse tanto a las exigencias laborales, como al acceso y manejo de las oportunidades educativas. Estas limitaciones cobran una dinámica especial ante la presión por la supervivencia cotidiana en ambientes de hacinamiento y promiscuidad, con serias deficiencias nutricionales lo cual incide no sólo en el desarrollo de potencialidades emocionales y cognoscitivas, sino lo que es más grave, debilita la capacidad de la familia para proteger a sus miembros llegando al dilema: sobrevivir o participar.

La familia se ha convertido en el foco de controversias en cuanto a las responsabilidades que los gobiernos deberían asumir. Lo que hasta hace poco eran problemas que pertenecían a la "privacidad de la familia" hoy son discusiones del ámbito público. La situación de la infancia abandonada o de los niños de la calle, la deserción escolar, la violencia familiar, el abuso sexual y maltrato de menores, los intentos de responsabilizar penalmente a menores, el narcotráfico y la prostitución infantil y juvenil son realidades que han desbordado a la capacidad de socialización familiar. Al punto que existe la sensación, con referencia a los hechos altamente conocidos de matanzas de niños de la calle, si no estamos aceptando el supuesto de que ante la pérdida de control social familiar, la sociedad se reconoce impotente ante el problema y lo permite como profilaxia social.

La paradoja es que para los pobres el funcionamiento de un proyecto familiar común a largo plazo es imprescindible no sólo para superar la pobreza, sino incluso no se puede olvidar que son las redes de solidaridad y de mutuo apoyo las que pueden impedir un mayor deterioro en los niveles de supervivencia y es en estos grupos en donde la desintegración familiar presenta toda su complejidad.

Si bien todos reconocemos que son tiempos de cambios, la velocidad de los mismos ha provocado desajustes que van más allá de lo previsible. La violencia de la urbanización y la lentitud o incapacidad de la sociedad para crear los servicios que permitan manejar los conflictos y tensiones del cambio afectan la estructura y legitimidad del poder dentro de las familias. Tradicionalmente la autoridad paterna venía asociada a su capacidad de proveedor principal del hogar. El hecho de

la incorporación de la mujer al mercado laboral y a la educación que implica el doble ingreso familiar, empujada por la crisis y la necesidad de enfrentar el deterioro de las condiciones de vida, ha debilitado la hegemonía paterna. Pero este proceso ha sido doloroso no sólo por lo violento sino también por la ausencia de organización social diversificada ya que los roles familiares como tal no han sido redefinidos y la mujer se ha visto empujada a realizar dobles y triples jornadas mientras que la imagen pública del hombre sigue exigiendo su autoridad de jefe hegemónico. Muchos han sido los avances de la mujer en la participación social y económica, pero el hecho de haber ampliado el rol de la mujer sin redefinir el rol del hombre dentro de la estructura social en general y de la familia en particular, es objeto de múltiples tensiones y conflictos que afectan sólo la comunicación, sino que conllevan a una creciente disolución de los núcleos familiares.

La crisis económica y las políticas de ajuste al no haber diferenciado especificidades han restringido las opciones y actividades de la mujer enfatizando el cuidado de los hijos y la seguridad alimentaria de la familia. la reducción de servicios públicos, implica un retroceso en ventajas ya establecidas.

La mujer latinoamericana y caribeña participa de las tendencias globales de incorporación al trabajo. La proporción femenina en la fuerza laboral ha aumentado, desde 1970, de un 12 por ciento a un 17 por ciento, sin embargo hay signos de deterioro en este proceso, ya que el desempleo comienza a afectar primariamente a la mujer, la cual por su baja capacitación tiene menos posibilidades de ser reinserada en las nuevas tecnologías. Además la discriminación salarial mantiene que las mujeres pasan de cinco a seis horas más que los hombres en su trabajo por igual salario. Y en las actividades agrícolas en donde la participación femenina es muy alta sigue considerándose como un trabajo complementario que ni siquiera es recogido en las diversas fuentes estadísticas.

Resulta necesario destacar que al no haberse alcanzado la igualdad en las estructuras sociales y económicas, no puede existir consenso en la definición de relaciones igualitarias entre individuales y justicia social. Este proceso de desigualdad se ha visto reforzado por la

expansión de instituciones individualistas, de especializaciones fragmentadas que han roto el equilibrio y la estabilidad de una visión conjunta de derechos y responsabilidades.

En la mayoría de los países los enfoques de las políticas hacia la mujer se estructuran en torno al concepto de “bienestar”, concebido como prestación de servicios en términos individuales, que al desconocer la importancia de los factores cualitativos propios de las limitadas escogencias que permiten los papeles asignados tradicionalmente a la mujer, hace que las oportunidades de integración y modificación de actitudes sean frágiles ante el impacto de los ajustes.

Es necesario acotar que la mujer de los estratos sociales medios y altos al incorporarse masivamente a la educación y al mercado laboral y ganar con ello independencia económica, también ha logrado progresivamente mayor autonomía. Sin embargo, las estructuras sociales y culturales no hablan de un proceso cohesionado, por cuanto es en el empleo informal y subempleo en donde se ubica la mayoría femenina, con muy poca productividad y ausencia de cualquier sistema de protección social.

Los pobres, especialmente las mujeres pobres, han reducido el tamaño de sus familias, han trabajado mucho, pero tanto la inflación como la baja productividad las mantiene en círculos de pobreza creciente, lo cual es otro elemento de desesperanza y frustración.

La privacidad de la familia y el dilema del ámbito público

La familia se ha visto despojada de las herramientas para cumplir su función socializadora. El ámbito institucional público ha ido asumiendo progresivamente las funciones educativas, nutricionales y hasta socializadora de la jerarquía de valores, tal es el caso de los medios de comunicación masivos que se han convertido en los tutores de la educación informal. Pero además con la reducción drástica del gasto público y con la consecuente disminución del acceso a los servicios públicos, las familias pobres y la clase media han tenido que asumir las cargas del desempleo y la merma de los ingresos familiares, teniendo que responder a los problemas del desarraigo y la pérdida de

identidad grupal, han visto debilitarse las relaciones de parentesco y la capacidad de proteger a sus miembros ante la carencia de oportunidades económicas y de movilización social.

En este cuadro de desajustes, la presencia de la mujer vuelve a tomar su papel clave como articulador de las exigencias de lo doméstico y la presión del ámbito público de las relaciones sociales y económicas.

Una reflexión feminista antes estos desajustes empieza a introducir en la agenda de la discusión pública la necesidad de que la sociedad y las instancias decisorias asuman un verdadero compromiso con las diversas realidades de la vida familiar. Este compromiso implica que si bien las exigencias públicas con toda su fuerza política, económica y burocrática irrumpen en la esfera privada de la familia, hay que enfrentar la masificación potencializando la capacidad y la diferenciación de las estructuras familiares. El debate sobre el embarazo juvenil no es simplemente escoger entre el bebé y el aborto, sino discutir las condiciones que generan el proceso en la diversidad de realidades, y dentro de ellas su participación en el proceso educativo. El problema de la juventud delincuente es preguntarse por el fortalecimiento de la capacidad de la familia para retener tanto en el hogar como en la escuela al joven, generando oportunidades de ingresos y recursos que hagan menos atractivas las actividades delictivas. El problema creciente de la deserción escolar no puede ubicarse solo en las condiciones familiares, sino que hay que repensar las posibilidades de diversas y calidad de los servicios educativos y su vinculación con el mercado laboral.

A manera de referencia se recogen⁶ algunos indicadores de los cambios ocurridos en la situación de la mujer en la región latinoamericana, donde es posible observar que si bien las tendencias de cambio son universales, hay una heterogeneidad regional que obliga a una discusión abierta y transparente de la redefinición de las relaciones entre los ámbitos privados que exigen reconocer especificidades de la

⁶ NACIONES UNIDAS, «Situación de la mujer en el mundo. Tendencias y estadísticas 1970-1990», New York 1992.

transición demográfica y cultural y los ámbitos públicos que requieren una cultura ciudadana basada en relaciones de confianza y solidaridad en valores compartidos por la sociedad en su conjunto.

Más allá de la servidumbre de la razón

Las tendencias del cambio en las estructuras y relaciones familiares son similares al resto de las regiones, al menos en las sociedades occidentalizadas. Sin embargo, en América Latina y el Caribe las causas y efectos parecen variar drásticamente. Con una población eminentemente joven, cuyas familias están en plena expansión vital, en donde la mayoría de los niños nacen y crecen en situaciones de pobreza y de servicios públicos restringidos, la situación de conflicto permanece entre patrones y normas familiares tradicionales y las exigencias complejas de un mundo tecnológico y consumista urbano, la debilidad de las estructuras familiares aunado a la incapacidad de opciones institucionales para compensarlas requiere de mayores esfuerzos de innovación y eficiencia que en los países desarrollados.

Dentro de esta perspectiva surgen como líneas de pensamiento prioritario la diversificación de acciones que faciliten el acceso y distribución del bienestar material. Las condiciones cotidianas de sobrevivencia no promueven la capacidad de participación sostenida y de valoración del propio esfuerzo. En otras palabras, las energías se consumen en la sobrevivencia cotidiana y resulta imposible tener confianza en el propio esfuerzo para controlar una cadena de impredecibles.

La necesidad de incluir en cualquier estrategia de cambio a los medios de comunicación masivos se hace irreversible. La distancia de las aspiraciones promovidas por las imágenes que forman parte de la actividad cotidiana familiar y la capacidad tanto económica como social para satisfacer las necesidades que ellos crean es una realidad que mediatiza cualquier acción colectiva.

Algunas veces se ha definido la dinámica del subdesarrollo, como la incapacidad para planificar, porque lo único planificable es el manejo de imprevistos. El enfrentar continuamente las necesidades básicas lleva a un sentimiento de apatía e indiferencia que poco a poco mina la energía para buscar e incluso aprovechar las escasas alterna-

tivas. El clientelismo con el cual se ha manejado esta dinámica representa también una contradicción permanente ya que si bien se acepta la dádiva para sobrevivir, se siente rabia al tener que someterse a la voluntad del otro. Pensamos que romper esta relación es imprescindible, pero ello puede resultar utópico sin el verdadero reforzamiento de la capacidad social básica de las familias pobres.

La “desesperanza aprendida”, el fatalismo, la excesiva motivación al poder, demuestran la ausencia de imágenes y patrones de vida asociados al esfuerzo propio y al riesgo para los logros concretos en proyecto a futuro. Intervenir estas relaciones implica entender la necesidad de superar la idea de “servicios para pobres” y proponerse la conquista de la calidad que se disfruta mediante sistemas de sanciones y recompensas democráticas. Es allí donde hay que realizar un esfuerzo para construir una red social fuerte y propiciar la cultura de encuentro y relación con los “otros”, que permita reconocer las diferentes capacidades de socialización de cada grupo social y así maximizar la eficiencia y diversificación de los recursos y de las oportunidades.

El desafío que implica la incorporación de la mujer requiere que empiecen a reconocerse los problemas del enfoque y especificidad del género⁷. Muchas tradiciones están cimentadas en la asignación tradicional de la diferenciación sexual, lo cual repercute en situaciones de injusticias e inequidad no sólo dentro de la vida familiar sino en el manejo abierto de los problemas de desorganización social⁸.

La intervención de los factores culturales en la dinámica familiar, en los medios de comunicación social, en el sistema educativo y laboral, en las crecientes demandas de organización vecinal y regional debe ser asumida como determinante para el manejo y conformación de normativas sociales y de las imágenes que orienten el consenso de la igualdad de oportunidades. La década de los ochenta fue perversa al limitar las posibilidades de movilidad social y mantener simultánea-

⁷ CAMPS, Victoria, *«Virtudes públicas: el genio de las mujeres»*, Espasa, Madrid 1990.

⁸ OKLN, Susan M., *«Justice, gender and the family»*, Basic Books, New York 1989, pp. 25-40.

mente los mensajes masivos de aspiraciones consumistas e individualistas. Las contradicciones que se plantean entre el individualismo y las exigencias de solidaridad no sólo deben ser vista como un problema de relaciones interpersonales sino que al incluirse en la discusión y definición de la relación entre derechos individuales y justicia social en la social como conjunto, debieran contribuir a alcanzar la igualdad⁹.

El desafío y la gran prioridad de la región latinoamericana y caribeña es enfrentar la dualidad de realidades económicas, sociales y culturales que enciende y enfrenta a grandes grupos poblacionales. El desarrollo en cualquiera de sus alternativas tiene que asumir como requisito básico la equidad social. De lo contrario, las transformaciones democráticas iniciadas y los esfuerzos de productividad y dinamización de las economías están seriamente amenazadas¹⁰. Aunque los campos de acción pueden ser múltiples y variados, los resultados de las políticas de ajuste confirma que el desarrollo económico debe ser socialmente equitativo, lo cual implica un proceso de construcción de alianzas entre los diferentes actores formales e informales que faciliten la solidaridad necesaria al manejo de los conflictos entre los intereses políticos y los privados.

El mito de las tasas de crecimiento "per se" han demostrado que el deterioro de la calidad de vida, aun cuando esté planteado en términos temporales, repercute negativamente sobre la capacidad productiva y la cohesión social a mediano y largo plazo.

Los nuevos paradigmas implican que crecimiento y productividad no pueden separarse. La pobreza explicita las grandes diferencias en productividad y en justicia social de la desigualdad de oportunidades. De allí, que tendríamos que reconocer la compleja trama de la inversión social. Asumamos por un momento que están resueltos los problemas de escolaridad, salud, nutrición, vivienda y empleo. Con ello no nece-

⁹ ELSHTAIN, Jean B., «*Public man, private woman. Women in social and political thought*», Princeton Univ. Press, 2de. 1993, pp. 320-331.

¹⁰ NELSON, Joan M. and others, «*Fragile coalitions: the politics of economic adjustment*», Third World Policy Perspectives, 12. Overseas Development Council 1989, pp. 57-74.

sariamente hemos logrado una sociedad cohesionada y autogestionaria.

El esfuerzo de la inversión social debe orientarse a la mejora progresiva y continua de la capacidad productiva de la gente, para lo cual además de condiciones materiales de vida dignas, se requiere construir sistemas de salud y educación formal sustentadores de la igualdad de oportunidades. Enmarcadas en un cultura del trabajo, de acceso a medios materiales y financieros para la producción que se relacionen con el fortalecimiento de las estructuras familiares socializadoras y con un proyecto de bienestar común. Las profundas diferencias y fragmentaciones sociales se originan en la desigualdad de conocimientos, capacitación, acceso a los medios de producción, pero también en los condicionamientos que estas desigualdades provocan en el manejo de la libertad y en la capacidad individual o comunitaria de respuesta organizada.

Es imprescindible la reorientación de la acción estatal para darle el mismo rango de compromiso político a la inversión social que a las políticas económicas formales. Compromiso que implica estabilidad y continuidad no sólo en la inversión pública de infraestructura sino en mejorar, simplificar y ajustar la prestación de servicios sociales, concentrados en su administración, los mejores recursos y buenas remuneraciones.

Sin desconocer la eficiencia del papel del mercado cuando se trata de asignar de recursos escasos, tiene que entenderse que la existencia de grandes grupos poblacionales pobres son inmanejables dentro de dicha realidad. La acción estatal tiene que asumir su papel de equi-brador, impidiendo los abusos y supliendo los bienes y servicios socialmente imprescindibles que el mercado no puede atender. Es aquí donde la protección del vulnerable o de los débiles será siempre obligación del Estado. Por ello, consideremos necesaria la existencia de una política asistencial eficiente, enmarcada aun dentro de patrones paternalistas, para dar paso gradualmente al desarrollo de las capacidades productivas que permitan la autogestión.

Hemos vislumbrado la capacidad de adaptación de las estructuras familiares ya que a pesar de todos los desajustes la

institución familiar ha sobrevivido entre controversias y glorificaciones. La dificultad de diferencias los límites de lo público y el ámbito de lo privado incide en el esbozo de acciones que fortalezcan la autonomía y la responsabilidad familiar.

Hasta ahora las intervenciones de las políticas públicas se han limitado a la protección de algunos miembros de la familia que se encuentran en situaciones de seria amenaza en su bienestar general o en sus derechos humanos específicos. Y las instituciones públicas para las situaciones de alta vulnerabilidad son de muy escasa calidad y cantidad. Sin embargo, hemos visto como hay problemas sociales que superan la capacidad del control y socialización familiar y ello obliga a repensar las condiciones y contextos facilitadores para que las familias puedan recuperar y potencializar sus recursos con visión del proyecto colectivo y de respeto de los derechos y responsabilidades de sus diferentes miembros.

Las políticas de familia y de incorporación de la mujer han sido prioritariamente legislativas, inmensos esfuerzos se han concentrado en la definición y consagración de los derechos individuales y sociales, para enfrentar las situaciones normativas de discriminación. Sin desdeñar el papel que ha significado esta acción en la aceptación formal de nuevas oportunidades, los dilemas que aún persisten requieren una definición de la igualdad a nivel social y una redefinición de roles a nivel familiar que se vea reforzada por la orientación global de equidad en los proyectos de desarrollo. Así como no es posible separar la productividad de la equidad social, tampoco es posible esperar eficacia y eficiencia de las políticas sectoriales sin asumir la diversidad y el fortalecimiento de las estructuras familiares mediante la reconciliación entre sus diferentes miembros.

Las políticas de bienestar dirigidas a las familias pobres y en la mayoría de los casos a las mujeres jefes de hogar son objeto de grandes controversias, ya que por lo general se presume que tanto el focalizarse en familias con síntomas de desintegración social, como el no plantearse su regeneración, refuerza en estos grupos la dependencia institucional. Sin embargo, estos criterios no son contradictorios con la posibilidad de vincular los incentivos a situaciones que requieren

esfuerzos solidarios de mayor autonomía de las capacidades familiares en logros colectivos. La ausencia de políticas informativas y formativas, de innovación y ajuste en las formas de intervención para el manejo de oportunidades, demuestra que estas políticas asistenciales han sido vistas como un simple reparto de recursos para controlar conflictos sociales y no han sido diseñadas y menos administradas con aprendizaje de autonomía, formación de imágenes de logro y participación en formas de organización social.

La complejidad de los cambios y la necesaria vinculación entre productividad y equidad nos lleva a revalorizar los diferentes papeles de la familia. Las múltiples acciones dirigidas a enfrentar la pobreza y mejorar la calidad de vida de la población en general y de la clase media y pobre en particular, están intermediadas por la estructura y la socialización familiar, por lo tanto su eficacia será mayor si cualquier acción se convierte en medio para impulsar y fortalecer "proyectos de vida familiar" con visión de largo plazo¹¹, que permitan a sus integrantes ajustarse continuamente a las exigencias tecnológicas, sociales, culturales tanto individuales como colectivas de la sociedad.

Al incluir la familia en la agenda de desarrollo se asume el reto de devolverle la posibilidad de socializar e impulsar la visión del mundo que se quiere construir. La presencia de la mujer va más allá al exigir que el desarrollo social no es simplemente bienestar, sino la conquista de una existencia humana digna en todas sus manifestaciones.

[Tomado de «ITER», número 1(enero-junio 1994), pp 34-49]

¹¹ CSCH-SZOMBATHY, Laszlo, "Modeling the interrelation between Macro-society and the Family", en *International, Social Science Journal*, Vol. XLII (1990)